CUADERNOS DE CULTURA Y PATRIMONIO

Número XVI Noviembre de 2012

# Nana del Buen Pastor

La Alhóndiga, Asociación de Cultura y Patrimonio

***Nuestro cuaderno número XVI recoge un relato breve de Fabio López, que como todos sabéis es miembro del consejo de redacción de La Llanura.***

***Con este relato, que se nos presenta con el sugerente título de "Nana del Buen Pastor", Fabio parece querer recuperar, y que le acompañemos en su empeño, otros tiempos en los que, aún, nuestros padres eran capaces de recitar el viejo romance de la Loba Parda.***

*Arévalo, noviembre de 2012*

# Nana del Buen Pastor

"*Estaba yo en la mi choza, pintando la mi cayada, las cabrillas altas iban, la luna ya rebajaba...*" , de esta manera comenzaba a cantarnos mi padre cuando nos arrullaba. La canción, coplilla la llamaba él, que nos ha repetido a hijos, nietos e incluso bisnietos. Sentados en sus rodillas, tapados con su chaqueta bajo su brazo protector, comenzaba a cantar. Chaqueta de pana cuando yo era niño, de paño más adelante, impregnada en todos los casos con su olor; apenas recién llegado del campo, tras un breve aseo, se sentaba a la mesa camilla, en su modesta butaca que nos parecía un trono, y al momento estábamos subidos en sus rodillas reclamando que nos cantase "La Loba parda". Y él, paciente, aceptaba nuestras peticiones, pese al cansancio que, hoy comprendo, pudiera sentir.

Y, "*...vide venir siete lobos por una oscura cañada...*", cantaba con ritmo acompasado, nosotros sentíamos el miedo como algo físico, siete lobos nada menos, de dónde vienen los lobos padre, preguntábamos angustiados, de los montes respondía; pero aquí ya no hay lobos, los pastores y los labradores cuidan de que no los haya. De profesión labrador, había sido pastor durante algunos años. Cuando mi abuelo vio a sus dos hijos mayores cerca de los catorce años, les dio a elegir, campo para labrar o campo para pastorear; deberían dejar la escuela, abandonarían las enseñanzas de un buen maestro, aquél que les aprovisionó de los conocimientos más necesarios para valerse en la Vida, como más adelante, a lo largo de sus existencias quedó demostrado. Les tocó elegir, mi tío eligió las ovejas, mi padre la labor.

Pero las circunstancias, entre ellas la guerra y los servicios militares respectivos, les obligaron a alternar sus oficios. En una tierra donde los oficios son generosos en esfuerzos y sacrificios pero parcos en rendimientos; labradores, pastores, resineros en las tierras ricas en pinares; canteros más allá según se ve abundar la piedra; alfareros para trabajar el barro haciendo ladrillos, tejas o vasijas; unos pocos carpinteros, algún herrero y los que nada tenían para trabajar como jornaleros en busca del sus-

tento de los suyos, de un pueblo a otro, de un trabajo a otro.

Continuaba con su canción"*...una loba parda, patituerta y jorobada, que tenía los colmillos como puntas de navaja...*", que era para nuestras infantiles mentes la encarnación del mal. Miedo a la loba de aspecto tan siniestro, miedo a la oscuridad que nos imaginábamos, mientras seguía cantando con su monocorde ritmo. Nada temíamos en su regazo, protegidos por su chaqueta, cansado seguramente después de todo el día tras el arado o cargando el carro, o después de entresacar la remolacha, o después de haber estado todo el día en la era aventando la cosecha. Recuerdo que llegaba a casa a mediodía y al final de la jornada montado sobre su pequeña burra de color gris oscuro. Cuando cantaba a los nietos, ya se le veía menos cansado, pues las tareas del campo, con ser duras, lo eran menos gracias a la maquinaria y ya el burro no existía; había sido sustituido por un pequeño utilitario de color blanco.

"*...dio tres vueltas al redil y no pudo sacar nada, y a la otra vuelta que dio sacó la borrega blanca, hija de la oveja churra, nieta de la orejisana...*". En mi adolescencia, por casualidad, encontré en uno de los libros de texto que teníamos el romance de la loba parda allí escrito, sentí una alegría inmensa. Lo que mi padre nos cantaba no era inventado, era cierto y era literatura. El texto no coincidía exactamente con lo cantado por él, pero las variaciones de algunas palabras no desvirtuaban el sentido del mismo. Desde entonces, casi de forma compulsiva, he buscado siempre que he tenido ocasión variantes de ese romance, al que mi padre sigue empeñado en llamar coplilla.

Reflejo de una tierra en la que la trashumancia ha tenido una enorme importancia, en la que cañadas, cordeles y veredas, no sólo han traído ganado y pastores sino que han acercado palabras, canciones e historias desde otras tierras lejanas. Pastores que a su paso han dejado costumbres y compartido experiencias. "*...la que tenían los amos para el domingo de Pascua...*". Actividad de aprendizaje y transmisión de enseñanzas y creencias, fidelidades y amores. Todo ello en una tierra dura, donde arrancar los frutos ha costado esfuerzos constantes y diarios. Labrar la tierra al paso de las bestias que tiraban del arado, regando el surco con el propio sudor. Pastorear en el llano, con vientos recios, fríos heladores o canículas abrasadoras, sin medias tintas, sin apenas días de brisas, ni suaves temperaturas; con escasos pastos, prados de corta hierba, que el sol quema sin piedad. Una tierra en la que parece que no existieran más que dos estaciones: invierno y verano; y apenas una semana de primavera y dos o tres de otoño. Por eso seguramente sus caras, que ahora observo en fotografías antiguas, están arrugadas, curtidas, renegridas y recias como la propia tierra donde han vivido.

"*...aquí mis siete cachorros, aquí perra trajuliana, aquí perro grande con grillos, a cobrarme la borrega...*". Supe después, casi ya de adulto, que esa perra que mi padre decía y que yo atribuía como propiedad de una venerable señora, llamada Juliana, no era más que un posible error de pronunciación, y que era una perra trujillana, haciendo posiblemente referencia a su origen extremeño, de Trujillo, reminiscencia tal vez de los pastores extremeños que durante siglos han pasado por estas tierras de La Moraña camino de los verdes y jugosos prados del norte, en busca de mejores pastos para el ganado. Y luego las condiciones, premios y castigos sin existir la posibilidad de situaciones intermedias "*...si no me la cobráis cenaréis de mi cayada, pero si me la cobráis cenaréis leche y hogaza...*"; como la tierra en la que han vivido, no había posibilidad de dejar las cosas a medias. Frío o calor, hielo o fuego, así se van

moldeando las cosas, plantas, animales y personas.

Y "*...siete leguas la corrieron, las uñas se desgastaban, y al subir un cotarrillo la loba se vio cansada...*", enorme distancia me parecía de pequeño, inabarcable con la vista; esfuerzo y sacrificio, sin que quepa la rendición. Nada te aleje ni te aparte dijo también el poeta, como si conociese el carácter de las gentes de La Moraña. Porque lo que mi padre cantaba y que decía que eran perros, fieles y esforzados servidores del pastor, yo siempre he pensado que se refería a personas. Igualmente fieles, abnegados trabajadores en el cumplimiento de su obligación. "...t*omad perros la borrega, sana y buena como estaba...*", la mayor de las cobardías, la loba entregando la inocente cordera a los fieles perros; pero no aceptarán estos tal afrenta, sólo cabe como finalización a la afrenta, la vida de la loba y la utilización de las diferentes partes de su cuerpo para la realización de distintos instrumentos, sin olvidar el premio para el fiel pastor "...q*ue queremos tu pelleja p'al pastor una zamarra, la cabeza pa' un zurrón para meter las cucharas..*"; del resto tardé bastante tiempo en saber el final. De niño, el sueño nos vencía antes de finalizar la canción, el romance o la coplilla; fue ya de mayor cuando tuve acceso, como ya dije, a los textos que recogían los libros, con sus diferentes versiones, cuando supe cómo finalizaba.

Hoy, mi padre está próximo a cumplir noventa años. Además de labrador y pastor, supe que también durante unos años fue cartero. Llevaba la correspondencia a tres pueblos no muy distantes entre sí. Los primeros años con un caballo y más adelante con una bicicleta. Algunas de mis hermanas mayores llegaron a compartir las tareas de reparto postal con él. Puede que ese trabajo y el ir y venir de un lado a otro, escuchando historias y contándolas, hiciesen revivir en él su pasión infantil por la lectura, como en infinidad de ocasiones nos dijo. Su amor por las palabras aprendidas en la niñez le hizo transmitirlas de la mejor forma que sabía, con su voz. Yo no recuerdo nada de eso, solamente le recuerdo de pastor y de labrador, de los de antes,

de esos que miran al cielo y saben lo que va a suceder con las nubes; de los que se han pasado media vida con el cuerpo doblado mirando al suelo y la otra media mirando al cielo por ver si adivinaban la necesaria lluvia o el temido pedrisco. Casi con miedo de soñar, susurrando a su compañera, por la noche antes de que les venciera el sueño proyectos y planes: si la cosecha no falla haremos esto o aquello. Descansaban el tiempo justo para seguir trabajando, apenas recuperadas las fuerzas.

Pero con el romance que nos cantaba consiguió inocularme el deseo de aprender y conocer. Palabras extrañas para muchos de mis amigos, a mí me resultaban familiares. Me interesé por la cija donde dormían las ovejas, con sus paredes de adobe, como tantas construcciones en esta tierra que nos ha visto nacer. Buscaba en sus paredes las anotaciones, todavía legibles de los pesos de lana y de granos, allí anotados con torpe grafía, a lapicero; esas cuentas añejas con precios e importes, rápidamente trazadas sobre el yeso o el cemento, historia viva de otros tiempos, de esas gentes. He tenido desde siempre una especial atracción hacia las "pearas" de ovejas que diviso en el campo cuando viajo, nada despierta más mi deseo de posesión. La oveja churra era algo familiar y cercano para mí; morral, pelliza y talego, cayada y telera, rebaños y corderos, términos cercanos. Dice mi padre que de pequeño reconocía los corderos de cada oveja con gran facilidad. Sería que estaba destinado a ser pastor, si la vida no hubiera cambiado tanto, me hubiese tocado elegir como lo hicieron él y sus hermanos y yo hubiese elegido tal vez el oficio de pastor.

Hay días, ahora, en los que me gustaría volver a ser acunado por mi padre. Metido bajo su brazo, tapado por su chaqueta, sentirme protegido de la loba parda y de todo lo malo del mundo exterior. Protegido del frío invierno de La Moraña, del viento cierzo, de los pedriscos y del sol abrasador de esta recia tierra. Quedarme dormido soñando campos con pastos verdes, donde pacen las ovejas seguras y protegidas por su pastor... de los lobos. Pero resulta que ahora estoy más cerca de ser abuelo y mi padre no podría soportar mi peso. Soy yo quien debo protegerle a él y a los míos; y enseñarles a conocer y querer esta tierra, aunque miro al cielo y no adivino lo que va a suceder con las nubes; y los pastores ya casi no vienen de Extremadura, camino de los verdes y jugosos prados, en busca de los mejores pastos para su ganado. Ni tampoco vuelven para pasar el invierno en la dehesa extremeña con sus ovejas; no me cuentan historias de una montaña que desconozco, pero que veo a lo lejos, desde mi llanura. Cuando la breve primavera en La Moraña finaliza y el verano se adivina, por la noche, cuando el tiempo se presenta sereno, siento el ruido de esquilas y caminar de cientos de ovejas por lo oscuro del campo. Me asomo a la ventana, hasta mí llega el aroma de la retama, pero no veo nada. Salgo hasta la cañada, invadida por tomillos olorosos y eternos, siento un solitario rebuzno, y voces templadas llamando a los perros, debe ser el eco de los pastores camino del norte, que aún perdura en la llanura morañega, después de tantos siglos de continuo pasar. Escucho esquilas y a veces cascabeles, a lo lejos un rauco cencerro; debo regresar a casa, pero con qué gusto me iría hacia el norte, a buscar las ovejas del pasado y regresar con ellas, caminando lentamente por la llanura infinita.

*Fabio López*

## Romance de la Loba Parda
## (anónimo)

**Estando yo en la mi choza pintando la mi cayada,**
**las cabrillas altas iban y la luna rebajada;**
**mal barruntan las ovejas, no paran en la majada.**
**Vide venir siete lobos por una oscura cañada.**
**Venían echando suertes cuál entrará a la majada;**
**le tocó a una loba vieja, patituerta, cana y parda,**
**que tenía los colmillos como punta de navaja.**
**Dio tres vueltas al redil y no pudo sacar nada;**
**a la otra vuelta que dio, sacó la borrega blanca,**
**hija de la oveja churra, nieta de la orejisana,**
**la que tenían mis amos para el domingo de Pascua.**
**—¡Aquí, mis siete cachorros, aquí, perra trujillana,**
**aquí, perro el de los hierros, a correr la loba parda!**
**Si me cobráis la borrega, cenaréis leche y hogaza;**
**y si no me la cobráis, cenaréis de mi cayada.**
**Los perros tras de la loba las uñas se esmigajaban;**
**siete leguas la corrieron por unas sierras muy agrias.**
**Al subir un cotarrito la loba ya va cansada:**
**—Tomad, perros, la borrega, sana y buena como estaba.**
**—No queremos la borrega, de tu boca alobadada,**
**que queremos tu pelleja pa' el pastor una zamarra;**
**el rabo para correas, para atacarse las bragas;**
**de la cabeza un zurrón, para meter las cucharas;**
**las tripas para vihuelas para que bailen las damas.**

**Cuadernos de Cultura y Patrimonio.**
**Número XVI**
Publicado por
**La Alhóndiga, asociación de Cultura y Patrimonio**

***© Noviembre de 2012***